

Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?". Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA, 17.

@sexuadx.

Adriana Bugacoff (coord.), Patricia D'Angelo, Noelia García Neira, Luciano Cardella, Ana Moscón y Dante Cima.

Cita:

Adriana Bugacoff (coord.), Patricia D'Angelo, Noelia García Neira, Luciano Cardella, Ana Moscón y Dante Cima (17). @sexuadx. *Primer Encuentro Curioso: "¿Qué hay de nuevo en la Psicopatología, qué hay de nuevo en el Amor?". Cátedra 2 de Psicopatología de la UBA, CABA.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/primer.encuentro.curioso/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef3x/VhO>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

@sexuadx

Patricia D'Angelo, Noelia García Neira, Luciano Cardella,
Ana Moscón, Dante Cima, Adriana Bugacoff (coord.)

“...hacer el amor es un intento sin fin de buscar una posición en la que confundirse el uno en la otra, una posición que no existe, aunque existe la búsqueda, y saber hacerlo es un arte” *La esposa joven*, Alessandro Baricco

Nació en Dinamarca en 1882 la primera mujer transgénero que sería sometida luego a varias intervenciones quirúrgicas de las denominadas “reasignación de género o sexual”. La película “La chica danesa” es una versión muy bella de esa historia. La pregunta y el debate girará en torno a si en nombre de la diversidad sexual habría que desestimar la afirmación freudiana *la anatomía es el destino*.

Que existe una relación de inadecuación entre el sujeto humano y su sexualidad es algo que ya Freud postula en 1905 cuando descubre la pulsión y la distingue del instinto. Desafía los conceptos y prejuicios de su época, relativiza aquello que era considerado patológico y planteará que la sexualidad es “perversa” en sí misma.

Se trata entonces de un cuerpo afectado por el *pathos* del lenguaje en donde la naturaleza anatómica vale en función de su traducción al inconsciente y esto sólo es posible por la interpretación que el significante fálico (como significante de la falta) hace de ella. En otras palabras: “El falo es, por así decirlo, una función que *hace diferencia*, y esto quiere decir que agujerea de un modo particular a cada uno, al varón y a la mujer” (Barros 2011, 43).

El descubrimiento del estadio de la organización fálica (cf. Freud, 1923) permite ubicar un momento en el cual el sujeto infantil, si bien percibe cierta diferencia entre varones y mujeres, no puede articularla aún con una diversidad de sus genitales. La visión de los genitales del sexo opuesto y la lectura que el niño y la niña hacen de la diferencia anatómica imprime

desarrollos psíquicos diferentes para cada uno de ellos. Freud propone, parafraseando una frase de Napoleón, que “la anatomía es el destino” (Freud, 1924: 187). En el niño, la amenaza proferida y la visión de los genitales femeninos, vuelven a la amenaza de castración una posibilidad certera que lo expulsa del Edipo, mientras que en la niña la comparación con los genitales masculinos la lleva a aceptar la castración como un hecho consumado, cayendo presa de la envidia del pene y ubicando al Edipo como una formación secundaria. A partir de la envidia del pene Freud desplegará, unos años más tarde, tres orientaciones posibles: inhibición sexual, complejo de masculinidad y la feminidad normal (cf. Freud: 1933), siendo esta última salida la que le permite a la niña ingresar en el terreno del Edipo positivo y devenir “una pequeña mujer” (Freud, 1925: 274). Es posible afirmar entonces, que Freud destaca el valor de la diferencia anatómica y será la situación psíquica enlazada a ella la que permitirá más adelante asumir una posición sexuada.

Por su parte, Lacan no deja de retomar la afirmación freudiana, y destacar, sirviéndose del recurso a la etimología, que la anatomía remite al corte (cf. Lacan: 1962-1963). La anatomía designa, entonces, el corte del significante sobre la facticidad del cuerpo vivo, aquél que nos toca en suerte. Es a partir de ese entrecruzamiento que puede plantearse la diferencia sexual: inscripta la diferencia, resta luego pensar la asunción de una posición respecto de ella. Eso implica considerar las identificaciones ofrecidas por el Otro familiar, así como las “elecciones” del sujeto.

Si la anatomía es el destino es porque con ella va a tener que vérselas la castración.

Para el caso de la mujer la cuestión se complica. En 1925 Freud propone la “disimetría edípica” para el niño y la niña, inaugurando así, una diferencia tajante entre la asunción del sexo de uno y de otro. Esto le valdrá varios enfrentamientos con aquellos psicoanalistas imbuidos por simpatías feministas que abogan justamente por la igualdad de la mujer en la sociedad patriarcal. Analistas como Ernest Jones, Melanie Klein y Karen Horney, proponen una feminidad innata y barren con la primacía de la fase fálica en la

niña, tal como lo plantea Freud. Intento de “re simetría edípica”, igualdad entre los sexos o complementariedad sexual que alcanza su punto culmine cuando Jones apela a la tan mentada frase bíblica y la parafrasea: “Al principio...Él los creo macho y hembra” (cf. Jones, 1932). Por lo tanto, para Jones se *nace* mujer y la excitación o sensaciones vaginales presentes desde temprano en la niña dan cuenta de ello. ¿Retorno en su faz más *literal* a la frase freudiana: “la anatomía es el destino”? o para decirlo en términos lacanianos: será que ¿apela “del inconsciente a la voz del cuerpo, como si precisamente no fuese del inconsciente de donde el cuerpo cobra su voz...” (Lacan, 1972, 488)? Cabe aclarar que Freud no desconoce lo planteado por Jones, sin embargo, afirma que estas sensaciones corporales no implican su correlato representacional en el inconsciente; la vagina no se eleva a la categoría de inscripción del sexo de la mujer como correlato de la diferencia sexual con el varón. De esta forma, el órgano femenino no inaugura otra manera de nombrar lo genital por fuera del registro fálico, ellas serán incluidas en él justamente por la marca de la falta o la castración.

Hacer el intento de pensar en psicoanálisis los avatares de la sexuación por fuera del falo, nos suele llevar a hablar de la sexuación en la mujer. Parecería que del lado hombre quedar rubricado bajo el imperio fálico no ha desatado mayores controversias más que – y lo que no es poco - aquellas con las cuales debe vérselas el “portador del susodicho” para poner en función dicho órgano sexual a través del significante. Sin embargo, a la hora de hablar de la sexualidad femenina y a cómo dicha subjetividad se relacionaría al falo, se han despertado las más grandes pasiones y los más grandes enconos, en el seno del psicoanálisis mismo pero también entre este y los movimientos feministas e incluso con los llamados “estudios de género”.

Uno de los núcleos conflictivos versa sobre si el falo funciona o no como único operador de la diferencia sexual, si este concepto alcanza para dar cuenta o para nombrar aquello que pertenece a la esencia del sexo de una mujer y en consecuencia, cómo se articula la función fálica con lo que hoy en día se presenta como diversidades sexuales; entre ellas el caso del transexualismo.

Tal vez el malentendido fundamental entre los movimientos sociales feministas (Estudios de género) y el psicoanálisis, radica en la utilización de dos discursos cimentados en concepciones de sujeto completamente diferenciables, mientras para el sujeto social se puede abogar por una igualdad de derechos y obligaciones a nivel político, jurídico y cultural; en lo referente a la sexualidad, para el psicoanálisis, se despliega una diferencia radical, entre hombres y mujeres, producto de la respuesta singular que cada uno ha sabido construir para responder a lo real del sexo.

Judith Butler, filósofa que podría inscribírsele en el movimiento post-estructuralista, inicia a mediados del siglo pasado las reflexiones que dieron lugar a lo que se conoce como la teoría *queer*. Su obra resulta una referencia indispensable a la hora de abordar el campo de los estudios de género. En “El género en disputa” realiza una crítica a la idea esencialista de que las identidades de género sean inmutables y encuentren su arraigo en la naturaleza o en el cuerpo. Por otra parte, la autora intenta desmarcarse de quienes consideran que el sexo es una cuestión pura y exclusivamente lingüística, así como también de los que ubicando en la causa al discurso o lo social terminan consolidando una metafísica del sujeto.

En su libro “Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo”, es donde retoma lo trabajado en aquella primer referencia fundadora -tan leída, estudiada y criticada a su vez- intenta precisar y reformular algunos de sus planteos. Allí afirma que la diferencia sexual es una diferencia material, efecto de prácticas performativas en las que se realiza/materializa -de forma siempre fallida, inestable- un imperativo (hetero)sexual y patriarcal de época.

J. Butler entiende a la performatividad “no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”. Por eso es que considera “que las normas reguladoras del sexo obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más

específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual.” (Butler, 2003, p18).

La performatividad será la noción clave para poder establecer la forma en que la autora concibe los procesos de construcción prescindiendo de lo que entiende como metafísica del sujeto: “... la construcción no es ni un sujeto ni su acto, sino un proceso de reiteración mediante el cual llegan a emerger tanto los "sujetos" como los "actos". No hay ningún poder que actúe, sólo hay una actuación reiterada que se hace poder en virtud de su persistencia e inestabilidad.” (Butler, 2003, p28).

Para Butler, entonces, los sexos no dejan de tener estatuto material. Ahora bien, lo material no es planteado como un ámbito puro, primero, sobre el que luego la cultura venga a operar. Según la filósofa: “... no hay ningún "sexo" prediscursivo que actúe como el punto de referencia estable sobre el cual, o en relación con el cual, se realiza la construcción cultural del género...” (Butler, 2003, p14),

A su entender, la categoría de "sexo" es, desde el comienzo, normativa; es lo que Foucault llamó un "ideal regulatorio". En este sentido, el "sexo" no sólo funciona como norma, sino que además es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna, es decir, cuya fuerza reguladora se manifiesta como una especie de poder productivo, el poder de producir - demarcar, circunscribir, diferenciar- los cuerpos que controla.” (Butler, 2003, p18).

La sexuación para el psicoanálisis no depende estrictamente del sexo biológico – cuestión compartida con los estudios de género – pero tampoco se reduce al juego de identificaciones imaginarias o simbólicas que estandarizan los roles sociales y de poder tal como se desprende del concepto de identidad de género. Si nos quedamos sólo con esta lectura se corre el riesgo de reactualizar “la vieja idea de una dualidad entre cuerpo y espíritu que se asemeja a la del alma y el cuerpo. El *gender* es algo así como una especie de alma sexual verdadera del sujeto” (Morel 2000, 186-187). O como afirma Stoller un “sentimiento de saberse” perteneciente a cualquier

conjunto identitario. La feliz unión alma-cuerpo aristotélica que implica un total dominio del alma sobre la función corporal, tan criticada por Lacan (cf. 1972-73, 1973, 538), deja por fuera la inadecuación del sujeto del lenguaje a su cuerpo, un cuerpo que, desnaturalizado por la cultura, queda fracturado en las diferentes pulsiones que habitan sus bordes y donde la lógica completa de la “buena forma” del narcisismo no logra apaciguar los fenómenos del goce, siempre dispuestos a continuar su políticamente incorrecto recorrido. Y esto es porque lo real de la modalidad de goce de cada quien responde indefectiblemente a un único referente: la *función fálica* y como cada uno se las ha arreglado con ella en tanto estigma de la castración.

Ahora cabe preguntarnos por qué la caracterización freudiana de la sexualidad femenina como falta o carente de representación; o su lectura lacaniana como lo radicalmente Otro o heterogéneo a la lógica del falo, ha sido eternamente criticado por los sectores feministas. Que Lacan postule por ejemplo: “solo hay mujer excluida de la naturaleza de las cosas, que es la de las palabras” implica que algo de lo femenino permanece ilocalizable, opaco y enigmático a la lógica del significante fálico. ¿Por qué leerlo cargado de un sentido peyorativo e imaginario? Que algo falte o no logre ser atrapado por la lógica de un sistema determinado no implica un déficit para ese elemento, sino tal vez la incapacidad misma del sistema para leerlo bajo sus términos. La queja reivindicativa por lo que falta, no se tiene o se tiene de menos, la más de las veces es escuchada en nuestro consultorio por el penar histórico, que lee en términos de minusvalía algo que es propio de la castración y su imposible de reducción. Castración, de la cual, a decir verdad, el varón tampoco escapa.

Para finalizar, con más dudas que certezas, no podemos dejar de señalar que es inherente a la sexualidad humana la imposibilidad lógica o lo irreductible de la diferencia, el no encuentro, la no complementariedad entre los sexos... lo incómodo de asumir una posición sexuada ya sea esta hetero, homo, bi, trans..., de la dificultad estructural del inconciente para tramitar la excitación que desborda el cuerpo desde la infanciaeso se mantiene invariante según las diferentes “coordenadas históricas” al menos así lo

testimonian los múltiples esfuerzos por designar, explicar, o detallar de qué se trata la sexualidad en lo humano cuando se soslaya lo incómodo de la castración ...

Bibliografía

- Freud, S. [1923] La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad) en *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008, t. XIX.
- Freud, S. [1924] El sepultamiento del complejo de Edipo en *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008, t. XIX.
- Freud, S. [1925] Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos en *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008, t. XIX.
- Freud, S. [1933] Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: 33a conferencia: la feminidad en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991, t. XXII.
- Lacan, J. [1962-1963] *El seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- Lacan, J. (1972) El Atolondradicho. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1973) Televisión. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós
- Barros, M (2011) La condición femenina. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Jones, E. (1932) La fase fálica. En *La sexualidad femenina. Nuevas aportaciones psicoanalíticas*. Barcelona: Laia.
- Millot, C. (1983) Exsexo. Ensayo sobre el transexualismo. Buenos Aires: Catálogos Editora.
- Morel, G. (2000). *Ambigüedades sexuales. Sexuación y psicosis*. Buenos Aires: Ediciones Manantial. 2002
- Schejtman, F. [2015] Notas sobre diagnóstico y sexuación en *VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXII Jornadas de Investigación. XI Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.